

## Introducción

En el tradicional panteón de masones ilustres españoles encontramos, entre la revolución de septiembre de 1868 y la sublevación militar del general Franco de julio de 1936, a diez jefes de Gobierno que lo fueron. Lista que hubiéramos podido incrementar, entre el 18 de julio de 1936 y la disolución de la República española en el exilio, en 1977, al menos con otros cuatro más.

Al margen de lo anecdótico que tal presencia pueda parecer desde un punto de vista histórico, sí resulta bastante sintomático comprobar los dos momentos claves en los que la jefatura del Gobierno está desempeñada por masones. Los cuatro primeros, Juan Prim y Prats, Manuel Ruiz Zorrilla, Práxedes Mateo Sagasta y Segismundo Moret y Prendergast fueron miembros del Partido Progresista y, al menos tres de ellos, protagonistas directos de la revolución de 1868 —que no tardaría en traer la Primera República—, si bien es cierto que posteriormente diferencias políticas separaron y enfrentaron a Ruiz Zorrilla y Sagasta. Los demás corresponden a la Segunda República: Manuel Azaña, Alejandro Lerroux, Diego Martínez Barrio, Ricardo Samper Ibáñez, Manuel Portela Valladares y Santiago Casares Quiroga.

Posteriormente, la República, en su periodo de guerra civil y de exilio siguió manteniendo la presencia de jefes de Gobierno masones, como José Giral, Rodolfo Llopis, Álvaro de Albornoz y Fernando Valera, aunque no nos ocupamos de ellos en esta ocasión. Dicho de otra forma, desde 1931 a 1973 la historia de la República española estuvo siempre presidida por jefes de Gobierno masones, excepto durante el periodo de Alcalá Zamora (14 de abril-14 de octubre de 1931) y los dos de Joaquín Chapaprieta Torregrosa (25 de septiembre-29 de octubre de 1935 y 29 de octubre-14 de diciembre de 1935), en su primera fase del 14 de abril de 1931 al 18 de julio de 1936. Durante la guerra civil, de los seis gobiernos existentes sólo estuvieron presididos por masones el de Martínez Barrio que duró apenas veinticuatro horas (18-19 de julio de 1936) y el de José Giral (9 de julio-4 de septiembre de 1936), ya que ni Largo Caballero ni Juan Negrín fueron masones. Y en la República en el exilio, frente a los cuatro jefes de Gobierno masones, ya citados, sólo hubo dos que no lo fueron: Juan Negrín y Félix Gordon Ordás.

Por otro lado, de estos catorce jefes de Gobierno masones sólo dos alcanzaron también los máximos cargos en la masonería, el de Gran Maestro y Soberano Gran Comendador del Grado 33 en la versión del Grande Oriente de España: Ruiz Zorrilla y Sagasta, y uno, Martínez Barrio, el de Gran Maestro de la Masonería, en este caso del Gran Oriente Español.

Del general Juan Prim y Prats apenas existe documentación fidedigna, si bien los testimonios de sus contemporáneos lo avalan suficientemente. Como contraste, de Martínez Barrio y su lealtad masónica, íntimamente vivida desde su juventud hasta su muerte, existe la documentación más abundante y rica. La militancia masónica de Azaña fue tan breve como anecdótica. La de Ruiz Zorrilla y Sagasta estuvo en ambos casos muy vinculada a sus cargos políticos. Otro tanto cabría decir de Alejandro Lerroux, Portela Valladares y Casares Quiroga, en los que hubo connotaciones personales políticas un tanto sospechosas, si bien con matices particulares y por supuesto diferentes en cada uno de ellos.

Al margen de circunstancias personales, nos encontramos ante un ejemplo más, y muy característico, de ese binomio masonería-política en torno al cual la historiografía de la masonería española se mueve constantemente, intentado «demostrar» si la masonería fue política o no, si la masonería es en sí política o no, o si los masones hicieron o no política, al igual que hoy día preocupa, sobre todo a periodistas ávidos de sensacionalismo y buceadores de políticos actuales en las filas de la masonería.

Dicha actitud, en el fondo, encierra otra más o menos manipuladora de la llamada historia de tesis, de la que ha habido —y sigue habiendo— claros y desafortunados ejemplos en estos últimos años. Pues de lo que se trata, en definitiva, con una u otra postura, es de justificar enfoques que responden a ideologías muy concretas. En realidad es uno de los aspectos en que más insisten apologistas y detractores, con vistas a adjudicar elogios o condenas. Sobre todo estos últimos, los detractores, da la sensación de que manipulando la supuesta acción política llevada a cabo por la masonería o por los masones españoles pretenden justificar —o al menos exculpar— las consecuencias exterminadoras de pasados complots o contubernios, o avisar de los peligros que se avecinan con la política llevada a cabo por quienes son calificados de «masones» como explicación simplista e interesada de oscuras y secretas militancias.

Las páginas que siguen pretenden explicar cómo entendían la masonería y la política una serie de personajes que, para bien o para mal, han pasado a engrosar el listado de políticos españoles de una época muy concreta que además fueron masones con más o menos convicción, con lo que nos

ofrecen un abanico lo suficientemente multicolor para no intentar fáciles generalizaciones o descalificaciones por un lado, ni convertir a la masonería en la panacea y fórmula modernizadora y educacional del mundo contemporáneo español por otro. La masonería y sus hombres han tenido y siguen teniendo sus luces y sus sombras, quizás más sombras que luces, a pesar de la idealización romántica de algunos o el contubernio partidista de otros.